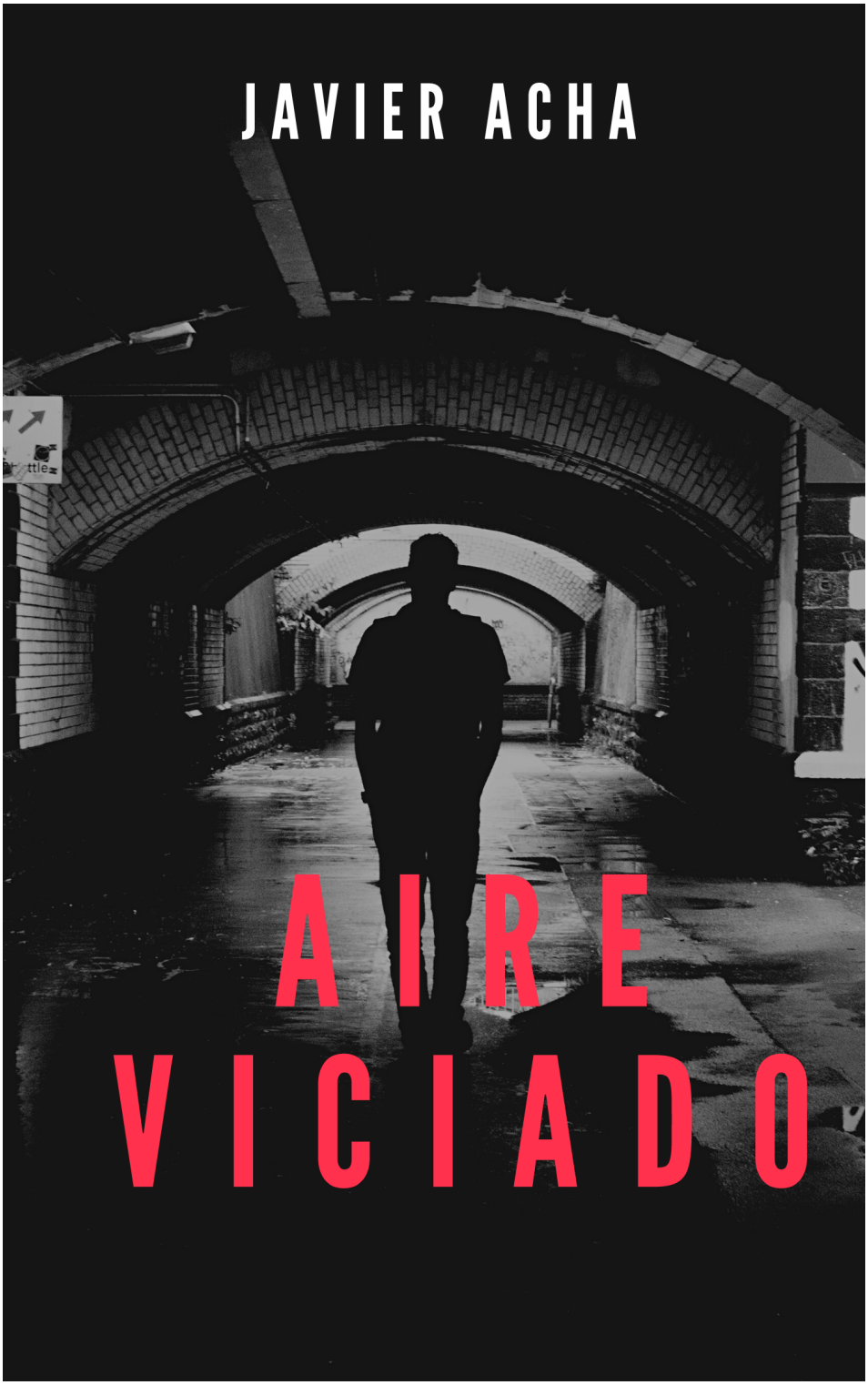
Aire viciado

Javier Acha



Capítulo 1

Aquella mañana el despertador me sorprendió con la espalda doblada como un *cowboy* muerto a lomos de un caballo. Me había quedado dormido ante la máquina de escribir y el dolor de cuello, las babas sobre la mesa y la camisa quemada por la colilla del cigarrillo que estaba fumando justo antes de caer redondo parecían indicar que había sido una noche bien aprovechada.

La radio sonaba de fondo; *Gates of Babylon* de Rainbow. La voz de Ronnie James Dio me estaba sacando del letargo. Extraje el folio del carro de mi Olympia SM3, lo puse sobre la pila que había a mi izquierda y empecé a releer lo que había escrito aquella noche con el pecho palpitando, cruzando los dedos para que el *bourbon* hubiera hecho su trabajo y aquellas líneas sirvieran para cumplir el encargo de la revista *Sangre y plomo*. Por supuesto, resultaron ser una puta mierda.

Maldiciendo me dirigí a la ducha, no tenía tiempo para pensar en aquel bloqueo. Eso es, un bloqueo de escritor que lo llaman, ¿no? No debía preocuparme demasiado, al fin y al cabo eso ocurre en las mejores familias. No sé de ningún autor que no haya reconocido en alguna entrevista haber pasado por más de uno. Y los que vendrán.

Desde luego no era por falta de inspiración; vivía en una pensión del centro de Madrid, situada en un barrio castizo, sucio, y frío donde todo podía pasar y cada noche por sus callejones y garitos era una invitación bien a encontrar la idea para la historia definitiva o bien acabar muerto de un navajazo en cualquier callejón.

Policías, periodistas, funcionarios de la Administración de Justicia, taxistas… siempre los buscaba e intentaba entablar discreta conversación pero ellos no eran tan discretos y acabé siendo conocido como *el de las noveletas.* Entre bares de viejos, plazas de heroinómanos y esquinas de putas apenas conseguía enterarme de cuatro chismes. En definitiva, estaba igual o peor que antes de venirme de Cáceres. No era falta de inspiración sino de credibilidad.

Allí por lo menos escribía mis artículos costumbristas y críticas de cine que gustaban bastante a los lectores del periódico local donde me ganaba bien la vida. Luego llegarían las inquietudes por convertirme en un verdadero escritor de raza y empecé a necesitar vivir emociones cada vez más fuertes y reales para plasmarlas en mis relatos.

Durante un tiempo lo conseguí, la euforia de las primeras semanas en Madrid me animó a escribir varias historias y presentarlas en revistas y periódicos. Me había convertido en un *freelance*, como dicen los americanos. Me las prometía muy felices, iba a comerme la gran ciudad;

las luces de neón me cegaban tentadoras.

Capítulo 2

Conocí a Richy Cifuentes una mañana en el Rastro; tenía un puesto de libros y revistas antiguas que utilizaba de tapadera para trapichear con cosas más manejables e ilegales pero igual de divertidas que los libros, o más. Coca, hierba, anfetas, speed… incluso se atrevía con opio y morfina. Heroína no, que eso es veneno, decía el muy cabrón sin sonrojarse. Su clientela era exigente y tenía unos contactos de los que yo, por supuesto, carecía. Empezamos hablando de Chandler y Hammet y acabamos fumándonos unos porros de buen hachís entre botellines de cerveza y bocatas de calamares.

Un jueves por la noche sonó el teléfono. Se oía el ruido de fondo de una muchedumbre animada. —Pancorbo, soy Richy. Tengo algo estupendo para ti, coge tu grabadora y nos vemos donde las bravas en Tirso. La grabadora, ¿eh? ¡No vayas a traer la máquina de escribir!

Su risotada casi me dejó sordo. Colgó y en los quince minutos que tardé en llegar no hice más que preguntarme para qué coño querría que llevara la grabadora. Lo más seguro es que tendría la intención de hacerse pasar por periodista para ligar con alguna chavala de cabeza ingenua y cascos ligeros. Simular alguna encuesta, opiniones sobre la juventud... Ya luego intentaría compartir con ellas otro tipo de impresiones. Todo muy de tú a tú, estilo horizontal.

Llegué al bar donde tantos minis de cerveza y bravas habíamos trasegado mientras jugábamos al tute; el suelo estaba lleno de cabezas de gambas y huesos de aceituna. El irritante runrún de la tragaperras y el Supergarcía de fondo casi me hace mandar a la mierda aquel plan. Al fondo Cifuentes de espaldas y enfrente suyo y mirándome un hombre viejo y de cuerpo enclenque, bolsas en los ojos y nariz judía con las venas en relieve. Recé en silencio para que Richy no estuviera pensando en follárselo.

Aguantándome la risa llegué hasta la mesa y me senté junto a Richy. Cuando tuve de frente a aquel hombrecillo me acabé de convencer de que realmente debía ser uno de los clientes del selecto boticario Cifuentes. Camisa de cuadros sucia, mirada vidriosa, dientes podridos y las uñas largas y descuidadas. Un malavida de los tantos que vagaban entre bares, callejuelas y burdeles de viejas. Sujetaba un tubo ya casi vacío de segoviano con hielo; le temblaban las manos.

—¿Cómo van tus historias, socio? Vas a ser el próximo Mario Puzo, vas a ver —saludó Richy.

—De momento sólo tengo un par de encargos: un relato camuflado como carta de un lector para una revista porno sobre una experiencia

voyeur con su señora y la vecina y luego la crítica de la última de Garci, la segunda parte de El crack. Esta vez para la guía dominical de un periódico rojillo. Mañana es el pase de prensa y me han conseguido acreditación. Jonás Pancorbo, enviado especial.

—Muy bien, pues lo que mi amigo y yo tenemos para ti va a hacer que aparques el cuento ese de las marujas bolleras —el hombre, que se llamaba Fabián Maíllo, tragó saliva y resopló—. Aquí donde lo ves, mi amigo tiene material jugoso para ti. Cuéntale, Fabián…

—Bueno, no debería… —Titubeaba aquel muñeco. Richy empezó a frotar la palma de una mano con la otra disimuladamente indicando que había que untarle. Saqué dos billetes de mil pesetas y pedí otro segoviano para él y dos jarras de cerveza. También le dije al camarero que bajase el volumen de la radio. Los parroquianos ya habían empezado a recogerse. Puse los dos billetes sobre la mesa con mi mejor cara de esta es mi primera y última oferta, pollo. Guardó el dinero en una raída cartera de polipiel, saqué la grabadora y comenzó a hablar.

Capítulo 3

—Soy de un pequeño pueblo de Las Hurdes, tu amigo me ha dicho que somos paisanos…

—De Cáceres ciudad, sí.

—No es fácil hablar de esto pero son muchos años de callarme —Richy me dio un codazo y susurró «agárrate»—. He sido ejecutor de sentencias, verdugo para que nos entendamos aunque no me gusta nada que me llamen así. Utilizaba el garrote vil de la Audiencia Provincial de Madrid y viajaba ahí donde se me llamaba, éramos tres en toda España y nos ordenaban desplazarnos a la prisión donde se iba a ejecutar la pena, dependiendo de a quién le pillaba más cerca. He trabajado en Madrid, Castilla la Vieja, la Nueva, Galicia, Asturias…

No podía creerlo, llevaba ya demasiado tiempo intentando dar con una historia buena de verdad y ahora se me presentaba la madre de todas. El garrote vil, método de ejecución oficial utilizado desde que Fernando VII lo instaurara el siglo pasado. Un collar de hierro accionado con un tornillo que oprimía el cuello del condenado hasta romperlo. En teoría una muerte más humana que el ahorcamiento. Si el aparato fallaba o el verdugo no accionaba el tornillo con fuerza y rapidez, la muerte se prolongaba demasiado y en vez de por rotura del cuello se producía por asfixia. Una muerte lenta, cruel y creativa. Todo muy español, por supuesto.

—¿Llegabas a conocer a los que ibas a matar?

—Yo no los mataba, los mataba la justicia —me interrumpió de forma brusca— . Yo sólo ejecutaba la sentencia. Y sí, los conocía porque iba a los juicios y hablaba con los policías encargados del caso. Necesitaba convencerme de que lo merecían, bastante mal trago era todo aquello como para encima tener dudas. El pulso temblaba y mis últimos trabajos no salieron demasiado bien.

Podía imaginar por qué aquellos últimos «trabajos» no salieron tan bien; era un muerto en vida, débil de cuerpo y mente, consumido por el alcohol y las mierdas que se metía. Supuse que Richy ya lo debía conocer de bastante tiempo, aquel hombre no debía tener más de sesenta años aunque aparentaba diez o quince más. Richy es más o menos de mi edad, cuarenta calculo yo.

La conversación siguió por esos derroteros, entrando en detalles escabrosos que me atrapaban. Me sentía una esponja que bebía todos aquellos recuerdos de procesos judiciales, confesiones perturbadoras y momentos finales llenos de lágrimas, gritos y estertores. Me encantaba lo que estaba escuchando, pero no podía dejar de sentirme culpable. Aquello

no eran las historias de detectives que me pedían en la redacción sino la cruda vida real.

Capítulo 4

El viejo siguió contando sus historias, dieron las dos de la madrugada y los camareros nos echaron del bar con el viejo truco de subir las sillas a las mesas y apagar las luces. En la calle hacía frío y los tres mantuvimos silencio. Me sentía flotar en una bruma de confusión. Aquel hombrecillo por un lado y Richy por el otro, llamándome con tanta urgencia para vivir una noche de confesiones atroces sólo por dar gusto a un escritor. Algo no cuadraba.

—Creo que aquí está ocurriendo algo y no me estoy enterando muy bien —clavé mi mirada en Richy—. Me gustaría que acabáramos con tanto jueguecito si no queréis que empiece a cabrearme. Esto es una broma demasiado bien hecha o bien me estáis haciendo el lío. ¡Por mí os podéis ir a tomar por el culo, par de borrachos!

Los dos me traspasaron con la mirada en silencio, era difícil distinguir si estaban acobardados o sólo extrañados por mi reacción. No estaba asimilando bien todo aquello, para ser sinceros. Se miraron entre ellos; Fabián asintió.

—Puedo demostrarte que no miento. Vamos a mi casa.

Caminamos en silencio por las calles, cruzando la plaza de Tirso de Molina y recorriendo la calle de La Colegiata hasta tomar la bocacalle que conducía a un callejón y llegar a uno de aquellos portales antiguos que hace tantos años eran pasos para coches de caballos. Atravesamos un pasillo húmedo de la planta baja hasta llegar a un piso interior. Encendió las luces y aquello parecía ser un pequeño apartamento sin ventanas al exterior. La condensación y el olor a cerrado hacían el aire irrespirable.

Empecé a oír gritos sordos y el retumbar del suelo. Los ruídos parecían venir de la habitación de al lado. Me dirigí a abrir la puerta de la calle, llevado por el instinto, pero Richy me sujetó del codo. Estuvo a punto de rompérmelo. —Espera, Pancorbo. Esto es delicado —Su voz sonaba más grave que de costumbre; movió la mano derecha hacia el interior de la chaqueta y sacó un revolver. Me apuntó bajo la axila, casi clavándome el cañón en las costillas. —Ahora vamos a tener que hablar, socio.

Aquello no podía ser real, esa pareja de locos tenía a alguien secuestrado y nadie podía oír sus gritos ni mucho menos los míos. Até cabos con lo que habíamos estado hablando horas atrás y cada segundo pensando era una losa tras otra sobre mi cabeza.

—Seguimos usando el garrote, Pancorbo. La última pena de muerte fue hace casi diez años pero ya ves que nada ha cambiado, de qué coño ha servido la democracia sino para traer mierda: rojos, maricones,

violadores… y pederastas. Y la puta droga, aunque al menos yo la paso de buena calidad. —No pude evitar mirar con sorna a Fabián para cerciorarme de la gran calidad de todo lo que le vendía—. Cuánto odio sientes también, ¿verdad? La democracia sólo es una señora gorda muy bien vestida que se tira pedos en las visitas. Querías una buena historia, vivirla… Aquí tienes tu oportunidad, Fabián ya está en las últimas, no puede seguir con esto. Pero tú sí. Tienes cojones y vas a salir ganando, imagina poder escribir la mejor ficción. ¡Será la mejor porque la vivirás, Pancorbo!

Cuando me calmé analicé mis opciones y la conclusión fue que con un arma apuntándome no podía resistirme demasiado. Asentí y me condujeron a la habitación. Aquel cabrón de Richy se quedó delante de la puerta y, ya más calmado, guardó aquel revólver. Un Astra del calibre .357 Magnum. Un disparo con eso me hubiera dejado listo de papeles.

El hombre, que estaba atado a una silla, pateó el suelo mirándome con los ojos desencajados. Por la mordaza que tapaba su boca chorreaban babas y sudor. Fabían le dio una sonora bofetada juntando fuerzas de donde no las tenía y tomó la palabra. —Este hombre es un violador y asesino de niñas, un guardia civil ahora retirado que con el Caudillo no tuvo más que carta blanca para cometer crímenes atroces. Fue juzgado y encarcelado pero con la Ley de Amnistía salió libre. Por supuesto, volvió a las andadas. Ahora tiene que pagar.

—No voy a matar a este hombre. Hacedlo vosotros, ¡pegadle un tiro ahora mismo!

—No, sería demasiado fácil. Será una ejecución extrajudicial pero al menos vamos a hacerlo bien, este hombre va a morir como un buen criminal español, ¡a garrote! —Aquella expresión me hizo pensar en un inquisidor fanático exhortando a quemar herejes. De aquel hombrecillo que me contaba su historia ayudado por alcohol barato y cigarrillos Bisonte ya apenas quedaba nada.

Richy guardó el arma y abrió un viejo armario ancho y que llegaba hasta el techo. Me hizo un gesto para que le ayudara y según me acercaba vi que aquello era un poste de madera. Más alto que yo, un metro noventa calculé. No creo que hubiera pasado por la puerta. Fabián levantó una baldosa suelta dejando a la vista un agujero bastante profundo y nos hizo señas para que claváramos ahí el poste. Lo hicimos y Richy lo movió para comprobar que había quedado firme.

Capítulo 5

El hombre quedó aterrorizado cuando Fabián sacó una caja parecida a una maleta pequeña y lo abrió sobre una mesa. Me asomé lleno de curiosidad morbosa y pude ver unos hierros mal colocados en el interior junto con unos trapos manchados de una especie de aceite viscoso y oscuro. Aquel olor era la más viva evocación de la muerte. Con manos expertas, comenzó a armarlo dándole una forma que hasta entonces sólo conocía por el imaginario popular y algunas fotografías. Y por El verdugo de Berlanga, por supuesto.

Me pidió ayuda para atornillar el garrote al poste. Calculó la altura dedicándole una mirada estudiosa a aquel pobre desgraciado y su ojo experto determinó que había que subirlo un poco más. Lo levanté y Fabián lo dejó bien fijado.

Richy arrastró la silla con el hombre y le golpeó la cabeza. —¡En un ratito la tendrás como una muñeca de trapo, amigo! —Aquello me pareció cruel en ese momento. Ese hombre iba a morir, tampoco era cuestión de humillarlo de esa manera.

Lo colocó de espaldas al poste, le metió el cuello dentro del corbatín del garrote y colocó una barrita metálica a modo de pasador para que no se pudiera abrir. Me empujó para que me pusiera detrás y su voz sonó profesional y seca: «Ahora debes girar el tornillo hacia la derecha. Tienes que hacerlo fuerte y rápido si quieres acabar pronto». Lo miré con estupor. «También puedes recrearte y hacerlo despacito, como tú veas». El llanto de aquel hombre me traspasó los oídos. No podía más.

Me encontraba ahí, en el papel de verdugo. No tenía otra opción si aspiraba a salir con vida de aquella covacha. Agarré ambos extremos de la manivela y la giré lo más rápidamente que pude. El reo comenzó a gritar; aquello no era tan rápido como imaginé, oponía mucha resistencia. El hombre tenía un cuello bastante fuerte, que se sacudía violentamente entre bufidos roncos. Las fuerzas me fallaron y tuve que soltar. El tornillo giró hacia la izquierda con fuerza golpeándome la mano —¡Este garrote no tiene carraca para retener, si sueltas la barra tendrás que empezar desde el principio!

Sudando volví a tomar la manivela, los bufidos y estertores de aquel maldito bastardo me tenían negro. Estaba siendo un tormento para los dos. Aquel desgraciado pareció dejar de contraer el cuello y patear el suelo —¡Ahora, hostias, ahora! —El grito de Richy me hizo sacar toda la rabia acumulada, junté todas mis fuerzas en el siguiente giro. —¡Ya!

Se oyó un crujido seco que resonó en toda la estancia. El collar de acero se había contraído tanto contra el poste que lo habría tocado de no

ser por que se interponía aquel amasijo de piel relleno de tendones aplastados y vértebras pulverizadas. Estaba más muerto que mi puta alma. Grité de euforia y alivio. Si haces algo, hay que hacerlo bien.

Fabían quitó el pasador del collarín y lo abrió, la cabeza de aquel hombre caía hacia delante como la de un pelele. Estaba separada del cuerpo, sólo que sin necesidad de cortarle el cuello. La guillotina hubiera sido más espectacular, supongo.

Richy me dio unos golpecitos en el hombro. —Has estado bien, amigo. En un rato nos desharemos del cuerpo, antes de que amanezca. Ahora ya puedes escribir tus historias pero como cuentes algo de esto… —Sonó el clic del percutor del Astra amartillándose dentro del bolsillo de su chaqueta. Sacudí la cabeza y le di un empujón por orgullo y no dejar que me achantase del todo. Enfilé el camino hacia la puerta.

—¡Y no olvides que volveremos a vernos, te has ganado la plaza fija en propiedad! —Fue todo cuanto alcancé a entender según salía a buscar el aire viciado de aquellas calles de Madrid.